



*Brújula*  
Volume 13 • 2020

## Enfoques

---

*Miedo, imaginación y ciudadanía en el caso del monstruo de los mangones (Cali, Colombia. 1963-1964)*

**Alejandro Ponce de León-Calero\***  
University of California, Davis

Entre los años 1963 y 1964, los cadáveres de más de catorce niños fueron encontrados en diferentes lotes de la ciudad de Cali, Colombia. Los hechos fueron reportados en varios medios locales y, en cuestión de semanas, articulados bajo un mismo fenómeno noticioso: el caso del monstruo de los mangones. Quienes vivieron en la ciudad durante aquella década recuerdan el miedo que circuló, la conmoción, los linchamientos, las viviendas familiares cubiertas con alambres de púas y, en general, las diferentes maneras en que la vida cotidiana se vio forzada a cambiar. La ciudadanía, dicho de otra manera, tuvo que organizarse contra una amenaza invisible.

---

\* © Alejandro Ponce de León-Calero 2020. Used with permission.

Un monstruo, sobra decir, nunca fue encontrado. Tampoco asesinos o responsables directos por todos los hechos. Aunque sí hubo algunas capturas, cadáveres de menores de edad siguieron siendo hallados en la región hasta bien entrada la década de los setenta. La prensa local sugiere que la policía estaba “perpleja” ante la falta de evidencia. El desconcierto sobre los hechos, sin embargo, permitió que circularan varios rumores alrededor del perfil del posible responsable. Rumores que, movilizados por un miedo que se hacía innumerable, revelan hoy lo que era una coyuntura altamente polarizada en torno a la definición de los males sociales que aquejaban a la ciudad a mediados de siglo XX.

El presente artículo explora la relación entre miedos colectivos y política en el proceso de figuración y mitologización del monstruo de los mangones, entre los años 1963 y 1964<sup>1</sup>. Aquí entenderé la “política” no como un campo o práctica que atañe a la institucionalidad del poder sino que, tomando del trabajo de Jacques Rancière, como el rompimiento del orden de lo sensible, el cual configura nuevos sujetos y enunciaciones sociales (Rancière 139). Rastreando los rumores que circulaban en Cali durante esos años, sugiero entender el fenómeno del monstruo de los mangones como un evento de orden político, en la medida en que durante esta coyuntura nuevas formas de enunciación colectiva emergieron, tensionaron e intentaron dar forma y sentido al cuerpo social de la ciudadanía, a su relación con el espacio físico y a los órdenes morales vigentes en la región. Como tal, este artículo se basa en un trabajo etnográfico de revisión de prensa escrita a dos periódicos de tiraje regional, *El País* y *Occidente*. Se recurre, además, a diferentes fuentes secundarias y a una serie de entrevistas realizadas en el año 2019 con el fin de ampliar las texturas que la prensa escrita ofrece.

---

<sup>1</sup>Agradezco a Julia Morales Fontanilla, Viviana Quintero Márquez, Claudia Rosas Lauro Y Natalia Roa por los valiosos comentarios que hicieron a una versión previa del presente artículo.

El artículo se desarrolla en dos partes. Primero contextualizo la emergencia del mito del monstruo de los mangones, esbozando una coyuntura regional caracterizada por una serie de rápidos pero significativos cambios socioeconómicos. Aquí, señalo cómo el crecimiento industrial, urbano y demográfico de Cali durante la primera mitad del siglo XX facilitaron la articulación de cuerpos políticos de procedencia obrera y popular. Seguidamente, presento los hechos relacionados al fenómeno del monstruo de los mangones, y exploro las maneras en que el miedo colectivo figura y fue figurado por una emergente ciudadanía a través de rumores. ¿El asesino es de tez blanca o negra? ¿Es rico o pobre? ¿Es un galán o un “degenerado”? El artículo, dicho de otra manera, rastrea las vetas políticas que empiezan a reconfigurar el *statu quo* de la ciudad en la medida en que estas se hacen manifiestas en los imaginarios populares asociados al mito<sup>2</sup>.

Los argumentos que aquí se presentan hace parte de una conversación académica la cual busca explorar la infraestructuralidad afectiva de lo político (Knox; Kwek y Seyfert). Aquí exploro el miedo, entendido como aquel sentimiento de inseguridad frente a una amenaza, sea real o imaginada (Delumeau), en tanto infraestructura para la expresión de lo político. Tanto en la literatura anglosajona (Grossberg; Hall; Cohen; Ahmed; Bader et al.) como latinoamericana (Reguillo; Martín-Barbero; Rosas Lauro; Botero Torres; Márquez Valderrama; Cardona Zuleta y Londoño Álvarez; Riaño; Aizpuru et al.) existe una rica tradición que explora la relación entre miedos sociales y las respuestas colectivas que estos movilizan. Gran parte de estos trabajos, más aún, se han interesado en las maneras en que la circulación de discursos y las representaciones mediáticas construyen el objeto que ha de generar miedo, haciendo de lo afectivo un motor para la

---

<sup>2</sup> Dos de los atributos centrales del rumor son su inconclusividad y potencial para errar (Shibutani). Más que interesarme en la exactitud del contenido, aquí intento registrar la fuerza perlocutiva del rumor, es decir, su capacidad de hacer, enunciar y señalar (véase Das).

movilización de imaginarios e intereses políticos (véase Podalsky). Como se verá aquí, los medios de comunicación jugaron un papel fundamental en el proceso de figuración del monstruo. Sin embargo, como se sugiere, lo que hace interesante este caso es que el *sujeto tétrico* no podía ser claramente figurado: los ciudadanos no sabían lo que estaba pasando, pues solo corrían rumores. El miedo, en este sentido, se hace el motor para la formación de diversos imaginarios sobre el peligro y el porvenir de los habitantes de la ciudad.

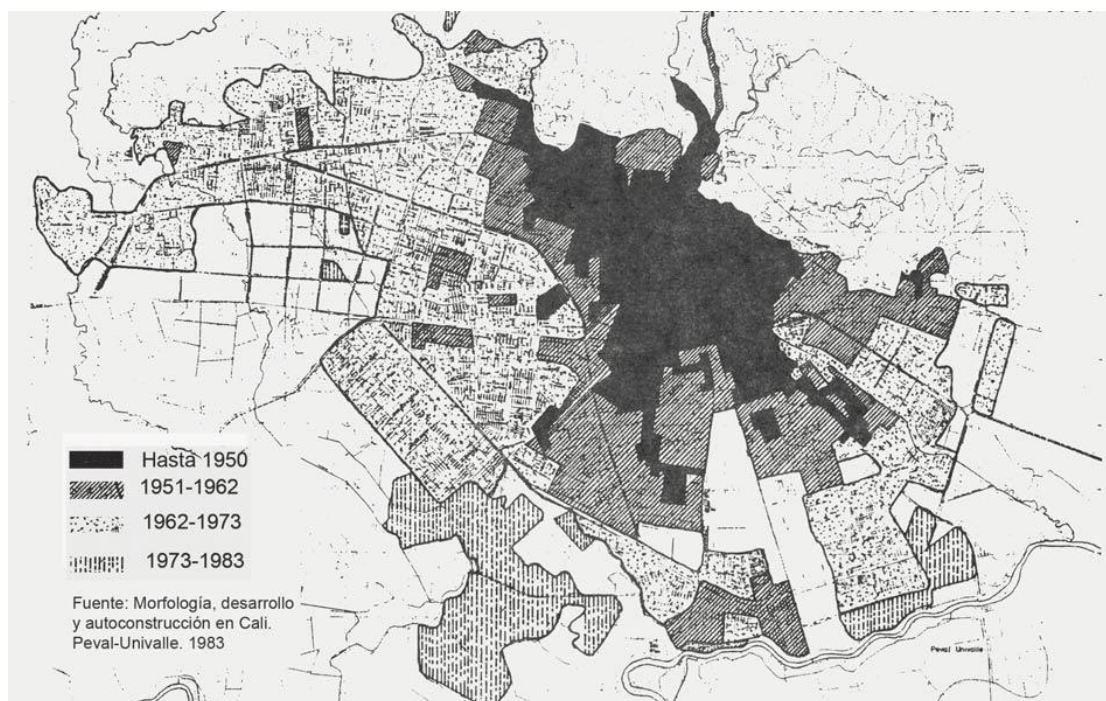
### **Cali durante la primera mitad del siglo XX**

Cali es una ciudad cuyos orígenes datan del periodo colonial. Ubicada sobre la cordillera occidental colombiana, hace parte del valle geográfico del río Cauca, un río de gran importancia comercial para el suroccidente colombiano. Durante la Colonia, en este valle se establecieron una serie de haciendas cuyo fin era, ante todo, la manutención de población esclava ubicada en las minas aledañas. En esta comunidad escuetamente poblada, sin embargo, las distinciones sociales cobraban un gran peso social, sobre todo aquellas en función de la raza, de la magnitud de las propiedades y del oficio (Colmenares 172). Los miembros de las familias blancas y terratenientes del XVIII, por ejemplo, se decían a sí mismos “nobles” y se distinguían, a su vez, de los llamados “montañeses” –propietarios que atendían a las labores rurales. Los comerciantes, dados a los convencionalismos y en procura de este tipo de prestigio, mostraron, a la par, avidez en adquirir esclavos para el servicio doméstico, incluso excediendo las necesidades diarias del hogar.

En términos económicos, el valle geográfico fue por siglos una frontera agrícola a los márgenes de los principales centros del poder, tales como Bogotá o Popayán. No fue hasta la primera década del siglo XX que, dentro del marco del impulso modernizador latinoamericano, el valle geográfico del Cauca empezó un tardío pero certero proceso de crecimiento económico (véase Cagüañas Roza et

al.). La extensión de la red ferroviaria nacional en esta región es una pieza central de la historia. El Ferrocarril del Pacífico, una empresa estatal que años atrás había adquirido una serie de obras a lo largo de la cordillera occidental, abrió la línea Cali - Buenaventura en 1915, convirtiéndose en la principal ruta para la exportación de materias primas desde el interior del país hacia el Pacífico. En 1934, igualmente, se inaugura en Cali el taller de Chipichape. Este último, considerado en su momento uno de los más modernos de Suramérica, hizo de la ciudad un imán para una naciente industria nacional (Vásquez Benítez 62).

La formación de un nuevo sector económico y la generación de empleos con salarios relativamente favorables, a su vez, actuaron como atractores de la población negra y mestiza proveniente de los territorios aledaños en donde se ubicaban las antiguas minas y haciendas coloniales. Si para 1910, Cali contaba con 26,358 habitantes, en los próximos años la ciudad tuvo una tasa de crecimiento promedio anual de más del 7%, llegando a tener 470,076 habitantes en 1958. Que la ciudad fuese un epicentro industrial, además, llevó a una recomposición de las relaciones laborales hasta entonces vigentes. El censo de 1938, por ejemplo, indica que el 30,5% del empleo total registrado en la ciudad correspondía a personas que se identificaban como patronos, directores, o dueños de establecimientos. En el censo de 1951, sin embargo, se ve un patrón totalmente diferente: mientras que el 3,8% de la población censada se identificaba como patronos, directivos, o dueños, el 69% se identificaba como asalariados. Lo que estas cifras sugieren es que si en la Cali de principio de siglo predominaba el trabajo artesanal, a mediados de siglo este había sido remplazado por la industria; y el artesanado, a su vez, por la recientemente conformada clase obrera de color.



**Figura 1.** Fuente: Mosquera Torres, G. (1984). Morfología, desarrollo y autoconstrucción en Cali. Diagnóstico preliminar. Universidad del Valle, Facultad de Arquitectura. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, CEHAP - Centro de estudios del hábitat popular.

El desarrollo industrial llevó, igualmente, a que el perímetro urbano se expandiera rápidamente. Sin embargo, este no fue un desarrollo necesariamente organizado. Hasta 1920, el crecimiento de la ciudad se había contenido y centrado alrededor de los márgenes de los ríos Cauca y Cali. De la década de los veinte en adelante, el desarrollo de zonas industriales hacia el sur y el oriente del valle geográfico fueron seguidos por una expansión desmedida y poco regulada de barrios de vivienda urbana (ver figura 1). Fue a partir de este rápido pero desconcertado crecimiento que, precisamente, emergió un espacio particular dentro del paisaje urbano: el *mangón*, un predio de vegetación descontrolada sobre el cual no hay una responsabilidad definida. Entre las antiguas haciendas, los ejidos municipales y los barrios populares pululaban los mangones. El monstruo de los mangones, precisamente, toma su nombre de estos espacios, pues en ellos

fueron encontrados los cadáveres. Los mangones, además, eran símbolo de aquello que se oponía a la visión moderna que la ciudad intentaba proyectar.

Pero si la falta de regulación del espacio era síntoma de una serie de cambios y tensiones propias a la nueva vida urbana, es gracias a la cercanía física y a la socialización que la ciudad permitía, que nuevas subjetividades ciudadanas empezaron a aflorar. A través de su convergencia en teatros de cine, campos de fútbol, grilles, fábricas, escuelas, entre otros tantos nuevos espacios de recreación y encuentro, una ciudadanía moderna y popular empieza a articularse y a expresar sus deseos y descontentos de manera colectiva. Estudios ya han señalado cómo el sindicalismo y el Gaitanismo jugaron un rol fundamental en las primeras décadas de este proceso (véase Aparicio). La recomposición del perfil demográfico de la ciudad, en gran medida debido a la migración de comunidades mestizas y negras de origen rural, tampoco se debe pasar por alto. Importante a este artículo es que, cuando estas fuerzas entran en contacto y empiezan a cohabitar en la ciudad, empieza a darse una revitalización de lo que algunos investigadores han venido llamando un “liberalismo popular”: una disposición política a través de la cual los sectores subalternos de la región practicaban su recientemente adquirida ciudadanía a partir de la defensa de la comunidad imaginada y en contra de los esfuerzos de los “malos ciudadanos” por socavarla (Sanders 274; Mallon 248). La tercera sección de este artículo ampliará este argumento.

### **“El monstruo actúa todas las noches”: los hechos**

Diciembre de 1963 traía lo que para muchos era una buena noticia: el descenso en picada de la tasa de homicidios asociados a una larga ola de violencia política que había azotado a Colombia por más de dos décadas. Tras el desmonte de la Junta Militar, el gobierno de Alberto Lleras concedió una serie de amnistías a los grupos guerrilleros en virtud de la rehabilitación nacional. Los reductos de los alzados en armas, por su parte, habían sido perseguidos ferozmente por las fuerzas públicas.

Este era, asimismo, un periodo en el cual los imaginarios sociales alrededor de la nación se estaban recomponiendo. En 1962 se publica *La Violencia en Colombia* (Guzmán Campos et al.), el primero de una larga tradición de informes que darían cuenta sobre la profundidad de la violencia fratricida. Ese mismo año Alejandro Obregón termina *Violencia*, obra que puede considerarse como uno de los hitos en la historia del arte colombiano. Los sentires públicos que configuraban el momento eran perdón y olvido, en miras del desarrollo y progreso nacional.

Pero este era aún un periodo de transición. Diversos actos de violencia, homicidios y riñas, seguían ocupando los titulares de la prensa nacional. La desaparición de personas, igualmente, no era algo fuera de lo común. Aquellos como el recordado caso de Diego León, menor de edad quien fue secuestrado en el Valle el diciembre del 63, aún configuraban la vida cotidiana. Tal vez es por eso que el primero de los niños muertos que en el caso del monstruo de los mangones, un voceador de periódicos asesinado el cinco de noviembre, pasa casi inadvertido. En una breve nota publicada en el diario *El País* al respecto, se hace énfasis en dos elementos que luego serán fundamentales al caso: en el pobre vestir del cadáver y de la madre (quien lleva un conjunto verde pues no había “tenido con qué comprar luto”), y que alrededor del caso “ha surgido la hipótesis de que el menor pudo ser objeto del sadismo de alguien”. Una víctima pobre, un homicida moralmente degenerado (*El País*. 9 de noviembre de 1963, 6).

El cinco de diciembre un segundo cuerpo es hallado, esta vez en avanzado estado de descomposición. La prensa local, en un tono alarmista, indica que no había señales visibles de violencia y estima que la víctima pudo haber muerto una década atrás. Debido al estado de descomposición del cadáver, no se puede determinar la edad o el sexo de la víctima. Sin embargo, la prensa ofrece un tercer elemento fundamental al desarrollo del caso: se describe como una persona “de piel trigueña”. Sin que nadie reclamase el cadáver, el cuerpo fue llevado al cementerio de Siloé, uno de los barrios populares de la ciudad. “Un funcionario



policivo” lee una nota en *El País*, “tiene la presunción de que en Cali esté operando una cuadrilla de sádicos” (*El País*. 5 de diciembre de 1963, 6). Quién es este funcionario o cómo se llega a esta conclusión no queda claro. Lo que sí se sabe es que en diciembre se encuentran dos cadáveres más, uno en las riberas del río Aguacatal y el otro, un esqueleto, cerca de la estación del ferrocarril, el cual “daba la impresión” dice la nota periodística, “de que pertenecía a un menor de edad”.

Las cosas no mejoraron el año siguiente. En enero, varios cadáveres fueron hallados en diferentes “solares selváticos” de la ciudad y, a mediados del mes, los medios ya habían dado un nombre al responsable: el monstruo de los mangones<sup>3</sup>. Al momento de ser ubicados, los cadáveres se encontraban en diferentes etapas de descomposición: algunos son descritos por la prensa como frescos, hinchados, y otros como cadavéricos. Esto da la impresión de que más que ser una serie de homicidios, fue una serie de hallazgos de cadáveres que fallecieron en diferentes momentos. Sin embargo, al ser articulados bajo un mismo fenómeno noticioso, los medios sugirieron a sus lectores no solo una posible relación entre los diferentes casos, sino que los hacía actuales: el criminal se convierte en una amenaza en el presente.

De los varios cuerpos hallados, la identidad de solo dos pudo ser establecida. En una crónica publicada el jueves 16 de enero en el diario *El País*, se lee: “se conjetura que su muerte debió ocurrir solamente antenoche. Las otras víctimas del sádico han sido localizadas ya putrefactas, por los sitios más boscosos y más alejados del casco urbano de la ciudad”. El avanzado estado de descomposición lleva a que las autoridades no puedan tener pistas firmes para entender las circunstancias del crimen. Es por ello que utilizaron varios elementos contextuales para perfilar a la víctima. “El siniestro monstruo de los mangones”,

---

<sup>3</sup> Algunas fuentes indican que el remoquete fue autoría del periodista Alfredo Recio Delgado, cronista del diario *El País*. Aunque la prensa escrita no lo aclara, es probable que gran parte de los artículos periodísticos aquí referenciados hayan sido escritos, justamente, por Recio Delgado.

se lee en la primera página de *El País* del martes 21 de enero, “contabiliza a sus crímenes el octavo descubierto”. Este era un cuerpo vestido de bluyín, camisa a rayas y medias cafés. A partir de la vestimenta, en este caso, se induce que es un adolescente ya que el cadáver, dicen las autoridades forenses, se encontraba apergaminado – es decir, en avanzado estado de descomposición. Un caso similar es aquel del jueves 29, cuando otro esqueleto es encontrado mientras se despejaba un mangón. El médico forense a cargo del caso declara no poder determinar las circunstancias del crimen, sin embargo, a partir de las características antropométricas, la Policía establece que era un adolescente (ver figura 2).



**Figura 2:** Fotografía en la página 6 del diario *El País*, el 29 de enero de 1964. La leyenda lee: "El capitán de la Policía, Enrique Ríos, mide a un menor curioso para luego establecer comparaciones y deducir la estatura de la novena víctima de "El Monstruo de los Mangones".

La opinión pública comienza a conmoverse y a reaccionar. “Un miedo colectivo”, los medios reportan, circulaba en la ciudad. Los familiares de menores que se encontraban desaparecidos eran frecuentemente entrevistados en la radio. La prensa escrita, a su vez, alertaba a las madres del posible riesgo de perder a sus hijos y varias veces se alertaba sobre los peligros del “vagabundaje”<sup>4</sup>. Entidades públicas y privadas, sindicatos y uniones, y juntas de acción comunal enviaron múltiples cartas al comandante de la Policía de Cali para que se redoblara la vigilancia en los planteles de educación. En una nota publicada en la prensa se describe a la ciudadanía en estado de psicosis colectiva que, de no controlarse, podría ocasionar daños a personas ajenas a los hechos. Diciente de este pánico, precisamente, es la carta que envían los vecinos del barrio El Troncal al gobernador del Valle para que tomase medidas al respecto, recordándole la “fatídica historia de Sodoma y Gomorra que por fin recibieron el castigo que se merecían”. Agregan los firmantes que están dispuestos a linchar a quien “que sea sorprendido cometiendo el delito” (*El País*. 21 de enero de 1964, 7).

El 27 de enero, dos días después de que esta carta se hiciera pública, una décima víctima es encontrada. Es un esqueleto que, se presume, pertenece a un menor entre los dieciséis y los diecinueve años, y que las notas periodísticas del día sugieren “no emanaba pestilencia”. Centenares de curiosos hacen presencia en la escena del crimen. El seguir hallando cadáveres en lo que se describe como un avanzado estado de momificación mientras que, en el imaginario colectivo, se sospechaba que el criminal actuaba en el presente, llevó a que dos rumores empezaran a circular. El primero apuntaba a que el monstruo acudía a un cementerio, desenterraba cadáveres y luego los abandonaba en los mangones. El segundo sugería que el monstruo podía estar usando algún ácido para evitar la

---

<sup>4</sup> El viernes 17 de enero de 1964 en el diario *Occidente*, por ejemplo, se hace un llamado a que “los padres de familia controlen más de cerca a sus hijos, que los maestros y profesores respondan ante las familias y sociedad por los estudiantes puestos bajo su cuidado”.

cadaverina, o estar extrayendo la sangre para producir rápidamente la deshidratación del cadáver. El caso es tan misterioso que los restos son enviados a Bogotá para que sean estudiados por expertos. Sin embargo, no hay claridad sobre los resultados.

Aunque la ciudadanía en estado de pánico pareciera no creerlo, los médicos forenses una y otra vez indicaron que los cadáveres “momificados” se descomponían en los lugares en que eran hallados. Es decir, los cadáveres no eran sujetos a experimentaciones ni traslados *post mortem*. Pero otras cosas extrañas empezaron a ocurrir en la ciudad y a ser articuladas al caso. Primero, el cadáver de un menor perdido en diciembre en la vecina ciudad de Palmira fue hallado al norte de Cali con varias puñaladas de lo que se describe como agujas en su cuerpo, lo que los medios refirieron como desangre por acupuntura. Luego, el 10 de febrero, los medios hacen referencia a un extraño caso en el cual un cráneo humano y una nota anónima fueron hallados en un bus público:

"OJO" esto no es hoy nada más, tenemos varios cementerios aquí en Cali y deseamos continuar con nuestras víctimas hasta acabar con esta sed humana. Las víctimas pasan de cien y deseamos completar a mil. Queremos seguir matando a los hijos de los ricos pues ya llevamos muchos pobres, busquemos. (*El País*, 10 de febrero de 1964, 7)

El miedo y la desinformación en Cali era tal que el jefe de instrucción criminal y vigilancia judicial del Valle, Luis Enrique Valencia, hizo público el viernes 3 de abril un comunicado en donde se afirmaba que no existía un monstruo ni figuras fantásticas similares, y califica de novelescas las crónicas periodísticas del momento. Y, aceptando la hipótesis del cementerio secreto, sorprende a la opinión pública con una nueva teoría: los cadáveres habían sido desenterrados en un acto terrorista para desacreditar al gobierno nacional y crear un estado de malestar público.

Desde que el caso había comenzado, la Policía se había visto en la necesidad de pedir ayuda en la investigación. La ciudadanía, aunque intranquila, a su vez se había mostrado activa y dispuesta a colaborar con la captura del asesino. Pero el caso da un giro drástico en el mes de abril, cuando los entes investigativos piden reserva de sumario. Representantes del Instituto de Medicina Forense y de la Policía, abogados, y periodistas de los principales medios noticiosos de la ciudad se reúnen la primera semana del mes para dar fin a los “mitos” que escandalizan a la ciudadanía. Desde entonces, el caso del monstruo de los mangones deja de aparecer en los titulares de prensa y, a pesar de que se siguen encontrando cadáveres de menores, la investigación queda inconclusa hasta el final del año. En diciembre, lee una nota, solo hay un agente trabajando en la investigación y hasta entonces no se había efectuado colaboración alguna con otras entidades investigativas de orden nacional. La Policía ya había descartado el hallazgo de los esqueletos como un acto de terrorismo, pero la institución se abstiene de adentrar en detalles (*El País*. 6 de diciembre de 1964, 7).

### **“Imaginarios criminales son los Autores de los Asesinatos”: la ciudadanía**

En esta sección quiero sugerir que la manera en que la ciudadanía imaginó o mejor, mitificó al monstruo de los mangones debe ser entendida a partir de sus propias tensiones y la manera en que se articulaba el poder en la ciudad. El miedo, en este caso, es el afecto que impulsa la articulación de estos imaginarios sociales y colectivos. Ante una serie de cadáveres abiertos a la interpretación, las afectaciones propias al cuerpo social tuvieron la oportunidad de ser “corporalizadas”; miedos hechos carne y la carne hecha mito. Pero la mitologización del responsable dentro del imaginario popular, como he venido señalando, queda irresuelta y de esta manera se hace múltiple. “Algunos lo presumen elegante, apuesto, adinerado, con automóvil, y maniático”, lee una nota publicada en enero de 1964, “otros creen que puede ser un fornido moreno, barbado, de aberrantes costumbres” (*El País*. 21 de

enero de 1964, 1-7). Es precisamente en esta irresolución y multiplicidad donde los desacuerdos políticos sobre los males sociales que aquejan y atemorizan a la ciudadanía se hacen manifiestos. A continuación, presento tres de los ejes a través de los cuales es posible leer en una clave política los miedos que sacudían a la ciudadanía: lo moral, lo racial y lo referente a la clase social.

El primero de ellos tiene que ver con la cualidad moral del asesino. Desde el primer caso registrado en diciembre de 1963, como ya se ha mencionado, la prensa sugiere que el principal sospechoso debía ser un sádico quien raptaba menores para “hacerlos objetos de sus extravagancias crueles” (*El País*, 5 de diciembre de 1963, 6). Si bien la mayoría de los cadáveres fueron encontrados en avanzado estado de descomposición, el cadáver de noviembre y el de enero 16 aparecen desnudos y con señas de estrangulación. Los médicos forenses a cargo de la investigación no logran determinar si los cuerpos fueron violentados sexualmente, pero debido a las circunstancias y al hecho de ser cadáveres de varones, la alarmada ciudadanía presume que este es el actuar de un “sanguinario sodomita”.<sup>5</sup>

La Cali de los sesentas, integrada parcialmente al comercio internacional, es por muchos considerada como un espacio de apertura y experimentación en cuanto a nuevas maneras de ser (González Martínez 34). En espacios de vanguardia artística influenciados por la contracultura norteamericana, por ejemplo, la homosexualidad ya dejaba de ser un tabú. Sin embargo, sobra recordar que a mediados de los sesenta, los cánones morales del catolicismo aún regían sobre la sexualidad de la ciudadanía en América Latina. Justamente, antes de que el caso del monstruo de los mangones iniciara, corrían rumores sobre la presencia

---

<sup>5</sup> En su momento, el director de la oficina legal del Valle, Euclides Orozco, descarta la violación excepto en un caso: Albeiro Santana Saavedra, de 12 años, perdido en diciembre en Palmira, quien fue encontrado en la zona de Mengua, sin ninguna ropa. El menor fue violado y victimado con una aguja en el corazón.

de peligrosos “sodomitas” en la ciudad. De aquí que se pueda entender por qué la desnudez de los cadáveres no solo aterroriza el sentir popular, sino que genera una respuesta agresiva y altamente conservadora en contra de la población homosexual.

En una entrevista publicada en *El País* el 17 de enero de 1964, por ejemplo, el juez de menores del departamento del Valle, José del Carmen López expone que “ningún control se está ejerciendo en la ciudad por parte de la Policía sobre los homosexuales [...] Repetidamente he pedido la colaboración de la Policía para que eviten la presencia de menores [...] cuando se proyectan películas no aptas para ellos, pero nada se ha logrado” (*El País*, 17 de enero de 1964, 8). En los primeros meses de 1964, la prensa sugiere que varios reconocidos homosexuales de Cali fueron detenidos preventivamente por las autoridades para ser interrogados. Expertos fueron entrevistados en los medios, dando su opinión sobre cómo diagnosticar la homosexualidad en los años infantiles. La ciudadanía, por su parte, se vio involucrada en los linchamientos públicos de algunas personas descritas como monstruosas o sádicas, como ocurrió en el barrio Santa Elena el 24 de enero luego de que una menor de catorce meses se hallase sangrando en compañía de su padre.

La raza del responsable es otra de las vetas centrales en el proceso de figuración, y es, también, el segundo eje a través del cual se pueden leer las tensiones políticas propias a la ciudad. Como en otras regiones de la América post-colonial, la población negra era vista dentro el imaginario popular como un sujeto peligroso, una amenaza al *statu quo* (véase Landers y Robinson). Más aún en contextos como el caleño, donde esta población históricamente subalterna empezaba a obtener un tipo de agenciamiento político y económico. No sorprende entonces que, a mediados de enero, se haga pública la noticia de un menor quien dice haber escapado de una “pandilla de cuatro negros” y que, de acuerdo a la versión de su entonces ausente padre, estuvo a punto de ser sexualmente



violentado y seguramente asesinado por los criminales.<sup>6</sup> Esta historia es luego ampliada por los medios noticiosos con el caso de una mujer que, a finales del mismo mes, dice ser asaltada, drogada y secuestrada por “dos negros” quienes la retuvieron en una casa en donde dos niños habían sido “sacrificados” sobre una mesa. A pesar de que los relatos fueran contradictorios y poco aclarativos, desde enero la prensa da cuenta de rumores que incriminan a una “pandilla de negros sádicos”. Al figurar a los responsables con, por ejemplo, “negros grandes y fornidos” se empieza a exacerbar el miedo ante las personas de color, también manifestándose en una serie de linchamientos públicos en barrios populares de la ciudad “debido a la sicosis y alarma que hay entre las gentes”.

Pero si los rumores de enero describen a la pandilla como un grupo de altos, fornidos o “mal encarados negros”, su líder, sin embargo, empieza a ser figurado a partir de otros adjetivos en febrero: blanco, elegante, apuesto, adinerado, con automóvil y maniático. Aquí, clase y raza se hacen manifiestas y develan a su vez una última textura política dentro del mito. Uno de los rumores más recurrentes en este último periodo del fenómeno mediático es aquel que sugiere que la pandilla, a través de sistemas persuasivos y “diplomáticos”, buscaba secuestrar niños para que su líder, blanco y adinerado, abusara de ellos. Que además los cuerpos fueran hallados en estado de deshidratación, lleva a que algunas personas conjeturaran que el monstruo fuese un vampiro quien extraía la sangre de los menores en un laboratorio secreto. Relatos de testigos hablan de berlinas negras conducidas por hombres vestidos de negro y acompañados por enfermeras en uniformes blancos. Estas últimas raptaban a los niños por la fuerza, robaban su sangre y luego los abandonaban en los mangones.

---

<sup>6</sup> El sadismo aquí descrito es distinto al que moviliza el miedo a la homosexualidad. Dice la nota que el menor presentaba señales de violencia en sus órganos genitales, por lo que fue llevado al Hospital Departamental o donde le completaron la circuncisión que habían empezado a hacer “los sádicos negros”.

Para esas fechas, igualmente, empieza a circular otro rumor sobre una persona enferma que tenía que ser sometida a transfusiones de sangre, y se temía que esta persona pudiese ser el monstruo de los mangones. Aunque este rumor no aparece en la prensa escrita aquí estudiada, varias fuentes documentales y testimoniales secundarias dan cuenta de su existencia. Puntualmente, el mito indica que Adolfo Aristizábal, empresario y urbanista de la ciudad, sufría de leucemia, y se rumora que por esta razón debía secuestrar niños y adueñarse de su sangre<sup>7</sup>. Otros rumores, tal vez malintencionados, cuentan que en el sótano de una de sus propiedades había un cuarto con implementos quirúrgicos para extraer la sangre de sus víctimas. Aristizábal, sin embargo, había muerto en octubre de 1963 – meses antes de que los primeros cadáveres fueran hallados.

A veces la realidad debe ser ficcionalizada para ser entendida. En el largometraje “Pura Sangre” de Luis Ospina (1982), una ficcionalización del caso del monstruo de los mangones, el personaje de Roberto Hurtado se asemeja a la figura que Aristizábal ocupa en el imaginario popular. A lo largo de la película se ve a don Roberto, un anciano terrateniente débil, tendido sobre una cama de un hospital de Cali. Es solo gracias a las constantes infusiones de sangre, se sugiere, que puede mantenerse vivo. Pero debido a su extraña condición médica, esta sangre debe provenir de jóvenes y niños, razón por la cual su hijo ha contratado a tres asesinos para capturar a sus víctimas, extraerles la sangre y luego asesinarlas. La reinterpretación de Ospina propone un interesante paralelo entre el secuestro de menores y la explotación del ingenio azucarero de don Roberto, en ambas el rico extrayendo del pobre. Mientras la película presenta escenas de padres preocupados por la creciente ola de muertes, se ve una ciudad que se reviste de miedo debido a los saqueos y las protestas en contra del ingenio, lideradas por los

---

<sup>7</sup> El mito es tan aceptado que Fernando Isaza, Rector de la universidad Jorge Tadeo Lozano y sobrino nieto de Aristizábal, habla de ello públicamente luego de la proyección de la película “Pura Sangre” (Luis Ospina) en el marco del cine foro “El rector tiene algo que contar” (Bogotá, Colombia. Octubre 31 de 2007).

corteros de caña indignados ante las transformaciones económicas que la región estaba viviendo.

Propongo entonces que este último rumor sobre Aristizábal debe que ser leído como una reacción popular al contexto de desarrollo económico rápido, inseguro y rapaz en la región; haciendo así de la clase socioeconómica el tercer eje de análisis. Pistas de ello se encuentran en las maneras en que Aristizábal es presentado ante la ciudadanía caleña. Como empresario, las primeras inversiones de Aristizábal ocurren en el barrio Santa Rosa, de donde partía la ruta del primer tranvía a vapor desde la plaza de mercado hacia el puerto Juanchito. La revista *Semana* del 11 de noviembre de 1950 le dedica la portada y en su interior se lee que Aristizábal “cree que Cali será la primera ciudad colombiana en llegar a un millón de habitantes. Por ello se ha anticipado un poco: acaba de inaugurar allí un lujoso hotel, el Aristi”<sup>8</sup>. Su Residencias Aristi, un edificio de 19 pisos inaugurado en 1959, igualmente, fue considerado el más alto de Colombia en su momento. Aristizábal era visto como un símbolo de opulencia y dinero rápido, pero también de urbanismo y progreso. Ante los ojos de la ciudadanía, como Luis Ospina lo propone en su película, era también un representante del tipo de patrones modernos que, en un sentido figurativo, chupaban la sangre (léase “la vitalidad”) de la clase obrera en un contexto donde el sindicalismo y la oposición política eran brutalmente reprimidas.

### Comentarios finales

A pesar de haber algunas capturas relacionadas, el caso del monstruo de los mangones ha quedado irresuelto dentro del imaginario popular Caleño<sup>9</sup>. Parte de

---

<sup>8</sup> Esta cita está presente en varias de las publicaciones que refieren a Aristizábal, sin embargo, para este estudio no se pudo corroborar la fuente primaria. Por ello, se sugiere revisar Beltrán 1996.

<sup>9</sup> En una nota publicada el 7 de marzo de 1967 en *El País*, por ejemplo, se anuncia la captura de Marco Antonio Rodríguez por acoso y explotación de menores, cuatro años después de los hechos anteriormente relatados. A Rodríguez, de 20 años y a quien se le apodaba “el monstruo”, se le pudo comprobar que había raptado y violado a un menor de edad y como tal, a él se le responsabilizó

esta historia se debe, precisamente, a que aquello que generaba miedo y era figurado como “monstruoso” no podía ser concretamente imaginado por parte de la ciudadanía. En la Cali de los sesentas, la circulación del miedo colectivo dio cabida a la composición de diferentes rumores centrados en las cualidades morales, raciales y económicas del monstruo. Estos rumores han servido en este artículo como prisma a través del cual entrever las tensiones políticas a través de las cuales la ciudadanía, como cuerpo colectivo, empieza a expresar sus males.

En este artículo, también he querido sugerir que a medida que las poblaciones mestizas y negras vinculadas a las nacientes industrias de la ciudad empezaron a obtener espacio y agenciamiento político en tanto clase obrera, las formas culturales propias al poder tradicional empiezan a perder su rol hegemónico. Si bien la reacción popular ante los miedos sociales fue en algunos casos tradicional y conservadora, estos miedos deben ser leídos como respuesta a los rápidos procesos de modernización, progreso, y de apertura económica y social. Igualmente, y en oposición a los ideales de la modernidad así como a la valorización exagerada de la blancura de tez, estos sectores populares recurrieron a complejas pero poderosas imágenes que no solo dieron sentido a las contradicciones propias de la transición experimentada, sino que además invertían simbólicamente las relaciones de poder tradicionales y de orden señorial: de benefactores, las elites pasaban a ser vampiros (véase, además Taussig 93).

---

moralmente por los homicidios relacionados con el monstruo de los mangones. Esta, sin embargo, no fue la primera captura. Desde finales de enero de 1964 se sabía del caso de un secretario del juzgado municipal (descrito por la prensa como “un hombre de edad avanzada”), que enfadado por la inacción por parte de las autoridades civiles, había decidido ubicar personalmente a un supuesto criminal y capturarlo, pues contra él pesaban grandes indicios de la autoría del crimen.

### Obras citadas

- Ahmed, Sara. *The Cultural Politics of Emotion*. 2 edition, Routledge, 2014.
- Aizpuru, Pilar Gonzalbo, et al. *Una Historia de Los Usos Del Miedo*. Universidad Iberoamericana, 2009.
- Aparicio, Esteban Morera. *La Ciudad Gaitanista: Santiago de Cali En La Década de 1940*. Editorial Universidad del Rosario, 2019.
- Bader, Christopher D., et al. *Fear Itself: The Causes and Consequences of Fear in America*. NYU Press, 2020.
- Botero Torres, Raúl. "La Construcción Discursiva Del Odio y Del Miedo En La Colombia Contemporánea." *Discurso & Sociedad*, no. 2, 2013, pp. 248–265.
- Cagüeñas Rozo, Diego, et al. *Formas de Modernización Regional En El Suroccidente Colombiano*. Universidad Icesi, 2013.
- Cardona Zuleta, Luz Margarita, y César Augusto Londoño Álvarez. "La Retórica Del Miedo Como Estrategia Política. El Plebiscito Por La Paz En Colombia." *Forum. Revista Departamento de Ciencia Política*, no. 14, 2018, pp. 43–68.
- Cohen, Stanley. *Folk Devils and Moral Panics: Creation of Mods and Rockers*. Paladin, 1973.
- Colmenares, Germán. *Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes*. Universidad del Valle, 1975.
- Das, Veena. *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. University of California Press, 2006.
- Delumeau, Jean. *El miedo en Occidente*. Taurus, 2019.
- González Martínez, Katia. *Cali, Ciudad Abierta. Arte y Cinefilia En Los Años Setenta*. Ministerio de Cultura, 2014.
- Grossberg, Lawrence. *Caught in the Crossfire: Kids, Politics, and America's Future*. 1 edition, Routledge, 2015.
- Guzmán Campos, Germán, et al. *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*. Ediciones Tercer Mundo, 1962.

- Hall, Stuart. *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*. Holmes & Meier, 1978.
- Knox, Hannah. "Affective Infrastructures and the Political Imagination." *Public Culture*, vol. 29, no. 2 (82), Duke University Press, May 2017, pp. 363–84. [read.dukeupress.edu](http://read.dukeupress.edu), doi:10.1215/08992363-3749105.
- Kwek, Dorothy H. B., y Robert Seyfert. "Affect Matters: Strolling through Heterological Ecologies." *Public Culture*, vol. 30, no. 1, Duke University Press, Jan. 2018, pp. 35–59. [read.dukeupress.edu](http://read.dukeupress.edu), doi:10.1215/08992363-4189155.
- Landers, Jane G., y Barry M. Robinson, editors. *Slaves, Subjects, and Subversives: Blacks in Colonial Latin America*. University of New Mexico Press, 2006.
- Mallon, Florencia E. *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. First Edition, University of California Press, 1995.
- Márquez Valderrama, Jorge. "Rumores, Miedo o Epidemia: La Peste de 1913 y 1914 En La Costa Atlántica de Colombia." *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 8, no. 1, SciELO Brasil, 2001, pp. 133–171.
- Martín-Barbero, Jesús. "Jóvenes: Des-Orden Cultural y Palimpsestos de Identidad." *Viviendo a Toda. Jóvenes, Territorios Culturales y Nuevas Sensibilidades*, Siglo del Hombre Editores, 1998, pp. 22–37.
- Podalsky, Laura. "The Affect Turn." *New Approaches to Latin American Studies*, edited by Juan Poblete, 1 edition, Routledge, 2017, pp. 237–54.
- Rancière, Jacques. *Dissensus: On Politics and Aesthetics*. Translated by Steven Corcoran, Reprint edition, Bloomsbury Academic, 2015.
- Reguillo, Rossana. "La Construcción Social Del Miedo. Narrativas y Prácticas Urbanas." *Ciudadanías Del Miedo*, Nueva Sociedad Caracas, 2000, pp. 185–201.
- Riaño, Pilar. "Trayectos y Escenarios Del Miedo y Las Memorias de Las Personas Refugiadas y Desplazadas Internas." *Poniendo Tierra de Por Medio. Migración*

- Forzada de Colombianos En Colombia, Ecuador y Canadá Corporación Región: Medellín*, 2008.
- Rosas Lauro, Claudia. *El miedo en el Perú: siglos XVI al XX*. Fondo Editorial PUCP, 2005.
- Sanders, James E. "'Ciudadanos de un pueblo libre': liberalismo popular y raza en el suroccidente de Colombia en el siglo XIX." *Historia Crítica*, Apr. 2017. world, *revistas.uniandes.edu.co*, doi:10.7440/histcrit38.2009.09.
- Shibutani, Tamotsu. *Improvised News: A Sociological Study of Rumor*. The Bob-Merrill Company, 1966.
- Taussig, Michael T. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Thirtieth Anniversary edition, University of North Carolina Press, 2010.
- Vásquez Benítez, Edgar. *Historia de Cali En El Siglo XX: Sociedad, Economía, Cultura y Espacio*. Universidad del Valle, 2001.

### **Documentación primaria citada**

- "Era un voceador de prensa, la víctima." *El País*. 9 de noviembre de 1963. P 6.
- "Pandilla de sádicos parece que está operando en Cali" *El País*. 5 de diciembre de 1963. P 6.
- "El monstruo de los mangones ha asesinado ya a seis adolescentes" *El País*. 16 de enero de 1964. P 6.
- "El terrible sádico asesino a otro menor: octava víctima" *El País*. 21 de enero de 1964. P 1-7.
- "Hay escalofriante racha de extravíos" *Diario Occidente*. 17 de enero 1964.
- "El sádico debe tener su propio cementerio" *El País*. 17 de enero de 1964. P 8.
- "Continua misterio sobre el asesinato de menores" *El País*. 21 de enero de 1964. P 7.
- "Hallan calavera en un bus de la línea crema". Periódico *El País* el sábado, 10 de febrero 1964. P. 7.

"No hay terrorismo con esqueletos". *El País*. 6 de diciembre de 1964. P 7.

Beltrán, Marta. Hotel Aristi. *El Tiempo (archivo digital)*. 1 de Junio de 1996. URL:

<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-308854>.

Accedido el 10 de octubre de 2020.